

DE ENTRE
LAS ROSAS

KIOH DENÁI

Perdí a mi amada en la inmensidad de la vida, en la inmensidad del mar, cuando más la necesitaba. Las rosas que yo mismo planté en mi cuarto me ayudaban con su aroma en las noches de estrellas en llanto y lunas tristes.

Me gustaba sentarme en el piélago, llorando, recordando a aquella amada que se perdió entre la espuma dorada de azucenas. Me gustaba sufrir de esa manera y verme reflejado en el mar negro, más negro desde que la perdí.

Dejé de ser. No era nada y me gustaba no serlo. ¡Qué otra cosa podía esperar un poeta nacido de entre las rosas que él mismo había plantado!

Temí que nada hubiera existido, y así fue. Ninguna estrella había llorado nunca sobre el mar, la luna nunca se desprendió de su reflejo y nunca lancé piedras por odio. No perdí nada porque nunca lo había tenido. Me desplomé en el recuerdo de una vida inventada.

Viví siempre solo con mis imaginaciones. Por eso quise morir solo y estar eternamente así; pero de mi tumba florecieron rosas sin que yo las plantara y supe entonces que en verdad había tenido una amada que murió ahogada entre la espuma de azucenas. Supe que era la misma de antes cuando me dieron una segunda oportunidad las perversas olas.

Ya estaba encerrado en una tumba y sólo pude imaginarlo todo, tal como creía haber sido a mi vida. Yo mismo asesiné a mi amada y el mar me asesinó a mí, porque era su padre. Las rosas huérfanas velaron mi cuerpo para siempre. Nunca les pude decir nada. Estaba muerto.

Gabriel Fernández

Tengo los ojos llenos de poesía,
sólo veo amor y mariposas
libando las estrellas pesarosas
trémulas, de colores de ambrosía.

Me dieron estas lentes de poesía
el día que nací de entre las rosas.
Mis florales hermanas vergonzosas
me contagaron su melancolía.

A la naturaleza mi alma había
vendido sus escamas poderosas;
y ya, henchido de amor y mariposas,
mi alimento cordial era poesía.

Tengo los labios llenos de poesía
recordando con pena aquellas rosas,
que me dieron sus lágrimas hermosas
y su corazón de melancolía.

La noche se acuesta con el océano.
Sus hijas, las olas, futuras
arenas para jugar los niños,
vaciarán el vientre materno
de caracolas y de estrellas.
Allá en el piélago de flores
el poeta, volando entre el reposo,
contempla la escena consternado.

Odia mirar el mar porque es inmenso.
Su infinito camino le estremece
y a cada ola el dolor en su alma crece
inundado de aquel piélago intenso.

Odia mirar el mar porque está solo.
La irónica soledad de sus vientos
toa su corazón entre lamentos
y le deja en sí mismo solo, solo.

Odia mirar el mar porque es del cielo:
estrellas que cayeron azuladas
a la arena amarilla, enamoradas
de su color, luciérnagas de hielo.

Odia mirar el mar porque hace ruido
y le abrasa el silencio de la nada
y obliga a su memoria abandonada
a recordar aquel naufragio. Olvido.

Odia mirar el mar porque es reencuentro
con lo que olvidó una noche de brisa,
con las lágrimas que escondió su risa
y con lo que debió sacar de dentro.

Odia mirar el mar porque otras veces
paseaba con su amada por la arena,
librando a las estrellas de su pena
y alimentando de amor a los peces.

Odia mirar el mar porque está muerto.
Muerto está y siembra muerte a navegantes
que, de su perversidad ignorantes,
no dejaron sus vidas en el puerto.

Por eso tira piedras a sus olas,
porque ellas se llevaron a su amada
de espuma de azucenas encerrada
dejando a las estrellas solas, solas.

Por eso lanza gritos destrozados,
porque el mar robó al cielo los luceros
y sus ojos, que no eran marineros,
murieron en el piélago ahogados.

Odia mirar el mar porque no hay nada.
Nada en su soledad ni en su mentira.
Se marcha desolado, ya no mira
las aguas que mataron a su amada.

Y, odiándose a sí mismo y sin pensar,
vuelve como si nada con las rosas,
que un día le advirtieron virtuosas
que no se enamorara nunca del mar.

Si al menos le hubieran dejado despedirse...
El poeta regresa a la orilla meditando.
De todas formas no habría sabido qué decirle
en aquellas circunstancias a su amada.
Se sienta pesaroso mirando a su asesino.
La arrebataron en la nada de repente
como si nunca hubiera existido.
No pudo decirle lo mucho que la quería.
No le regaló una rosa de su cuarto.
En los días sin cielo la arena está más dura
y se resiste a ser excavada en pisadas.
Cuando las azucenas apagaron las estrellas
miró hacia atrás buscando su rastro,
buscando los últimos sollozos de su aroma;
pero las olas del viento habían arrastrado
la imaginación rosácea de aquel poeta.
Por eso tuvo miedo de sí mismo
y le aterrorizó verse reflejado en las conchas.
Por eso pensó que el horizonte era de piedra
y que no había camino para alcanzarlo.

Sediento, bebió de aquel agua homicida
cogiendo en sus manos un racimo de gotas.
Sorbió triste con la lengua abandonada,
pero abrió saciado los ojos y, del reflejo,
cayó desplomado sobre una tumba abierta
al ver que en su cara había lágrimas de sal.

Siempre que el cielo en lluvia se rompía
y la tristeza erraba en su ventana,
con gotas de sudor y de nostalgia
su alma naufragaba en melancolía.

Escuchaba a la vida terminarse.
La muerte se escondía en cada lágrima.
El sol espeluznado no brillaba,
temiendo que el azul se desplomase.

Como el futuro, gris el horizonte:
la lluvia se evapora cada día.
¿Adónde va la lluvia que termina
bajo la luna y no en su alma? ¿Adónde?

Las nubes parecían de algodón.
Le engañó el parecido con las rosas.
Recibió el fatal beso de las gotas
y le inundaron eternas de dolor.

Y en su recuerdo desearía
revivir aquel pasado,
pero está encerrado
tras los barrotes de las rosas.
Con eso vive.
Con eso se conforma.
De él recibe fuerzas
para olvidar lo que perdió
y nunca volverá.
Aunque en su recuerdo desearía
que algún día volviera.

¡Oh! ¡Maldito océano!
No envuelvas también a su padre
entre el oleaje venenoso.
No te preocunes,
ya no mira;
se marchó con las rosas.
Se oye en tus suspiros
un rumor de arrogancia.

¡Oh! ¡Maldito océano!
El poeta vuelve la vista
hacia el campo de azucenas.
Hay hombres que nunca
dejan de estar enamorados.
¡Devuelve las estrellas al cielo!
¡Deja crecer en tus aguas
rosas de amor arreboladas!

¡Oh! Maldito océano!
Buscaste en la arena la soledad
y en la brisa marina
necesitaste compañía.
No te lleves nunca a un poeta.
Él necesita las rosas
que tú ahogas en tus aguas
envidioso de sus pétalos.

¡Oh! ¡Maldito océano!
Sí, maldito por siempre,
asesino de lamentos,
jardinero de la muerte,
ladrón de melancolía,
maldito para siempre.

¡Oh! ¡Maldito océano!
Maldito para siempre
y siempre, siempre solo.

¿Por qué es un asesino el mar?
Dime, poeta, ¿por qué?
¿Es que acaso las estrellas
lloraron sal?
¿Es que acaso
sembraron odio en sus olas?

Dime, poeta,
¿por qué asesinó a tu amada el mar?
¿Por qué?
¿Quién sembró aquel campo de azucenas?
¿Es que acaso
necesitaba compañía?

Sí, poeta,
el mar estaba solo
y te necesitaba
pero tú te fuiste con tus rosas.

¿Por qué no te fuiste con el mar?
¿Por qué olvidaste a tu amada?
Dime, poeta, ¿por qué?

¡No llores, poeta!
Las lágrimas te dejarán sin habla.
Puede que tu amada aún escuche.
Puede que las estrellas fugaces
la salven de la muerte.
El mar no es capaz de capturar
sus veloces esperanzas.

¡No llores, poeta!
No llores nunca y grita.
Que, aunque tu amada ya esté muerta,
tu voz la sacará de la espuma
y podrás enterrarla bajo las rosas.
Cuando el cielo está estrellado
te gustaría que a los astros
les crecieran pétalos rosáceos
y llovieran espinas de agonía
sobre la piel morada del mar.

¡No llores, poeta,
delante de la muerte!
Puede que a ti también te lleve.
Vuelve pronto a tu jardín eterno
y entonces riega con dolor
de tristeza acumulada
tus sueños de rosicler aroma.
Que seas el rocío de las flores
que amanece besándolas.

Para eso, sólo para eso
¡Llora, poeta, llora!

¿Dónde cayó la luna?
Allá en el piélago titila
inconstante de duda.
El mar la secuestró.
Tirita y calla.
Tiene frío.
Titila y calla.

¿Por qué calló la luna?
El mar tapó la cara
que siempre sonreía
y mostró la tristeza
que ocultaba en la orilla.
Tirita y calla.
Tiene miedo.
Titila y calla.

El mar descubrió
que la graciosa luna
también lloraba a veces.

El poeta se tumba en la arena
y sólo mira a las estrellas.
También él tiritita y calla.

Incomprendido en el mar
como una piedra más.
Alejado del cielo
y, bajo el cielo, solo.
Solo bajo el mar.

Incomprendido en el mar
como una estrella más.
Reflejado en el agua
y, en el agua, llorando
lágrimas de sal.

Incomprendido en el mar
como un suspiro más.
Volando por la brisa
y, en la brisa, cantando
sin poder amar.

Incomprendido en el mar
como un naufrago más.
Olvidado en las olas.
Ellas la secuestraron.
Nunca volverá.

Incomprendido en el mar
como agua.

Nada más.

11

Sangre. Tiempo.
Tiempo de sangre.
Agua. Estrellas.
Estrellas de agua.
Espuma. Muerte.
Muerte en la espuma.
Olas. Olvido.
Olvido de olas.
La sangre del agua
y la espuma de las olas
dieron muerte al tiempo
y olvidaron las estrellas.

Poeta. Camino.
El camino del poeta.
Rosas. Rosas.
Nació de entre las rosas.
¡Vuelve, vuelve!
Miedo y arena.
Olas y sangre.
No volverá al mar.

Poeta. Camino.
Camino de poeta.

Mar hermoso.
Agua de flores.
Riega el cielo.
Riega las flores.
Regó a su amada.
Regó a sus flores.
Crecieron en el alma.
Jardín eterno.

Mar hermoso.
Agua torrencial.
Perversa regadera.
Mató a su amada.
Que no ahogue a las flores.
Espuma de azucenas.
Eran artificiales.

¡Corre, poeta!
Llega antes que las olas.
Cierra la puerta.
Acaricia las flores.
Riégalas con tus lágrimas.
Pero nunca llores demasiado.

Mar hermoso.
Agua lúgubre.
Y negra,
negra.

13

Se borró para siempre de sus ojos.
Por más que procuraba recordarla,
el aroma marítimo de rosas
le dejaba confuso en su memoria.

Rosas. Mar. Flores. Océano.
La locura de un hombre solitario.
Quiso poder recordar a su amada
pero estaba inundado de pétalos.
Sólo veía azucenas en su cara.

¿Quién se llevó su imagen?
No, no fue la luna.
No, no fueron los peces.
Fueron las olas
y su espuma
y las rosas
y su aroma.

De tanto llorar, su imagen en lágrimas
se borró para siempre de sus ojos.

Rosas. Mar. Flores. Océano.

Murió. Cayó. Como la luna.
Murió entre las rosas.
Las olas le buscaron.
Le llenaron de azucenas
para que se las diera a su amada.

Y, en el piélago fúnebre,
la pudo volver a ver.
Ya no era la misma.
Le dio las azucenas
y ella le dio un beso.
Pero no era la misma.

Por eso, insultando al mar,
se marchó a un cementerio
para ser enterrado
solo.

Confundió su tumba con su cuarto
y la nada con el horizonte.
Por eso de la oscura lápida
nacieron misteriosamente
rosas, eternas y dulces rosas,
rosas que le vieron nacer
y que ahora le ven morir
porque él surgió de entre ellas.